

AÑO 1
FICHA 13

EDAD
14-16

La fe
comprendida

JESÚS ES EL ROSTRO DE DIOS

1 Tipo de intervención

- Acompañamiento
- Reunión/Actividad Semanal**
- Convivencia
- Ejercicios Espirituales
- Encuentro Inspectorial
- Pascua
- Campamento
- Celebración
- Otras experiencias

2 Objetivos Específicos

SER

Asumir una identidad propia diferenciándose del ambiente y del grupo.

Avanzar en la capacidad de hacerse conscientes de sus emociones, tanto positivas como negativas, y canalizarlas.

CONVIVIR

Vivir el grupo como comunidad de amigos, donde compartir y contrastar experiencias, opiniones y el propio camino de fe.

CONOCER

Conocer cada vez más la figura de Jesús como forma más cercana de acercarse a Dios.

HACER

3 Contenidos

SER

Reconocimiento de los rasgos que definen su propia identidad.

Formulación positiva de sí mismos superando posibles creencias limitantes.

CONVIVIR

CONOCER

Jesús como rostro de Dios.

HACER

4 Temporización (número de sesiones por cada paso)

EXPERIENCIA	ILUMINACIÓN	CELEBRACIÓN Y COMPROMISO	SÍNTESIS, EVALUACIÓN Y REVISIÓN
1/2 sesiones	1/2 sesiones	1 sesiones	x sesiones

5 Desarrollo y Orientaciones Pedagógicas

A Tomar la palabra (experiencia)

PRIMERA SESIÓN: Mi mirada y la mirada de Jesús

En la primera sesión proponemos que los adolescentes reflexionen sobre la propia identidad y la imagen que reflejan en los demás. En este bloque de sesiones, la imagen que nos va a guiar es la de la mirada. Es importante mirar y mirarse con realismo y de manera positiva. La imagen de la mirada va a servir para descubrir que Jesús es el rostro misericordioso de Dios. Nos será de mucha ayuda fijarnos en la mirada de Jesús, tal como la Escritura nos la presenta en algunos textos.

Una vez que el grupo se ha reunido, el animador entrega a cada adolescente un pequeño espejo. Les pedimos que se miren a sí mismos de la manera más sincera que puedan, les invitamos a descubrir en sí rasgos que reflejen su identidad. Nos vamos a servir de algunas preguntas:

- ¿Qué descubres en el espejo? ¿Qué ves en ti?
- ¿Qué es lo que más te gusta de ti? No te fijes tanto en lo físico, sino en tu forma de ser.
- ¿Qué aspectos no te convencen? ¿hay alguna cosa que querrías cambiar o mejorar?
- Al mirarte a los ojos, ¿qué sientes?

De todo lo reflexionado durante la dinámica, en la puesta en común les pediremos que compartan al menos una de sus reflexiones sobre las preguntas que les hemos formulado. Tenemos que tener cuidado porque es una dinámica que remueve por dentro y, por tanto, es importante saber gestionar bien el diálogo para que nadie se sienta presionado ni forzado a compartir algo que no está preparado a compartir con el grupo.

Este diálogo nos debe ayudar a descubrir lo importante que es mirar de manera realista y positiva, tanto a nosotros mismos como a los demás. Tenemos un ejemplo en la mirada de Jesús. Vamos a analizar esa mirada, la mirada de Jesús, tal como nos la presenta el Evangelio.

B Acoger la Palabra (iluminación)

La mirada de Jesús.

En algunos textos los evangelios hablan de la mirada de Jesús. Si los ojos son el reflejo del alma, a través de esta mirada podremos llegar a conocer cómo mira Jesús a las personas de su alrededor. Además, contemplar la mirada de Jesús, nos puede servir para aprender a mirar cristianamente la realidad, mirar el mundo, mirar a los demás como lo haría Jesús.

Vamos a presentar a los adolescentes dos miradas de Jesús. En dos espacios diferentes los adolescentes deberán leer el texto y profundizar en la mirada de Jesús a través de las pistas que les proporcionamos. El trabajo se puede hacer tanto individualmente, como por parejas, o incluso por pequeños grupos.

1. La mirada al joven rico: Una mirada de cariño perdida. (Mc 10, 17-31)

Cuando salía Jesús al camino, se le acercó uno corriendo, se arrodilló ante él y le preguntó: «Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?». Jesús le contestó: «¿Por qué me llamas bueno? No hay nadie bueno más que Dios. Ya sabes los mandamientos: no matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no darás falso testimonio, no estafarás, honra a tu padre y a tu madre». Él replicó: «Maestro, todo eso lo he cumplido desde mi juventud». Jesús se

quedó mirándolo, lo amó y le dijo: «Una cosa te falta: anda, vende lo que tienes, dáselo a los pobres, así tendrás un tesoro en el cielo, y luego ven y sígueme». A estas palabras, él frunció el ceño y se marchó triste porque era muy rico.

Jesús, mirando alrededor, dijo a sus discípulos: «¡Qué difícil les será entrar en el reino de Dios a los que tienen riquezas!». Los discípulos quedaron sorprendidos de estas palabras. Pero Jesús añadió: «Hijos, ¡qué difícil es entrar en el reino de Dios! Más fácil le es a un camello pasar por el ojo de una aguja, que a un rico entrar en el reino de Dios».

Ellos se espantaron y comentaban: «Entonces, ¿quién puede salvarse?». Jesús se les quedó mirando y les dijo: «Es imposible para los hombres, no para Dios. Dios lo puede todo». Pedro se puso a decirle: «Ya ves que nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido». Jesús dijo: «En verdad os digo que no hay nadie que haya dejado casa, o hermanos o hermanas, o madre o padre, o hijos o tierras, por mí y por el Evangelio, recibirá ahora, en este tiempo, cien veces más —casas y hermanos y hermanas y madres e hijos y tierras, con persecuciones— y en la edad futura, vida eterna. Muchos primeros serán últimos, y muchos últimos primeros».

Un joven pregunta a Jesús: “¿Qué he de hacer para conseguir la vida eterna?” Jesús le recuerda los mandamientos que todo judío conocía desde pequeño. La reacción del muchacho fue inmediata: “Todas esas cosas las he observado desde pequeño”. Todo parecía indicar que este joven iba por el buen camino.

Jesús, conmovido y cautivado por la honestidad y sinceridad de aquel joven, mirándole con aprecio y cariño, le dijo: «Una cosa te falta. Vende cuanto tienes y dáselo a los pobres... y luego sígueme». Parece que Jesús no le estaba proponiendo un mandamiento más, sino que, al contrario, le invitaba a pensar en los demás, abrir los ojos y ver que no estoy solo sino que hay otras personas cerca de mí, a quienes puedo ayudar. Por lo visto, para ser feliz tenemos que pensar en los demás.

Seguir a Jesús es ir más allá del mero cumplimento. La propuesta que hace Jesús, exigente sin duda, va precedida de una mirada de cariño, que, si reconoce y celebra el bien hecho, es, sobre todo, estímulo para nuevas conquistas: liberarse para seguirle.

- ¿Cómo te imaginas la mirada de Jesús?
- ¿Por qué mira con cariño Jesús al joven? ¿Le entiende?
- ¿Cómo miraba el joven al principio a Jesús? ¿Cómo le mira al final del diálogo?

2. La mirada a Zaqueo: Una mirada que transforma. (Lc 19, 1-10)

En esta ocasión nos vamos a servir de un texto tomado del evangelio de san Lucas donde se relata el encuentro de Jesús con el publicano Zaqueo. Zaqueo era una de las personas más odiadas en Jericó. De hecho, al ser publicano se dedicaba al negocio de los impuestos, en donde él exigía fuertes sumas de dinero y se quedaba con mucho de aquel dinero. Era lo que hoy llamaríamos una manera de corrupción. Aprovecharse de los demás en propio beneficio. Por lo tanto, para sus vecinos Zaqueo no era de fiar. Todo el mundo lo sabía. Zaqueo era consciente de que tenía muy mala fama en Jericó. Por eso le extrañó que Jesús se fijara en él. En Jericó había gente buena. ¿Cómo era posible que Jesús fijara su mirada en Zaqueo?

Vamos con el relato. Zaqueo había oído hablar de Jesús y sintió la necesidad de conocerlo. Jesús iba a pasar por su ciudad. Zaqueo salió a la calle pero, como había tanta expectación, no conseguía ningún puesto decente para ver a Jesús con nitidez. Se subió a una higuera. Cuando Jesús pasó cerca de Zaqueo, miró a Zaqueo y se dirigió a él. Recuerda el texto.

Entró en Jericó e iba atravesando la ciudad. En esto, un hombre llamado Zaqueo, jefe de publicanos y rico, trataba de ver quién era Jesús, pero no lo lograba a causa del gentío, porque era pequeño de estatura. Corriendo más adelante, se subió a una higuera para verlo, porque tenía que pasar por allí. Jesús, al llegar a aquel sitio, levantó los ojos y le dijo: «Zaqueo, date prisa y baja, porque es necesario que hoy me quede en tu casa». Él se dio prisa en bajar y lo recibió muy contento. Al ver esto, todos murmuraban diciendo: «Ha entrado a hospedarse en casa de un pecador». Pero Zaqueo, de pie, dijo al Señor: «Mira, Señor, la mitad de mis bienes se la doy a los pobres; y si he defraudado a alguno, le restituyo cuatro veces más». Jesús le dijo: «Hoy ha sido la salvación de esta casa, pues también este es hijo de Abrahán. Porque el Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido».

Fíjate nuevamente en la mirada de Jesús. Según la descubres en este texto.

- ¿Cómo te imaginas la mirada de Jesús?
- ¿Por qué mira con cariño Jesús a Zaqueo? ¿Le entiende?
- ¿Cómo miraba Zaqueo al principio a Jesús? ¿Cómo le mira al final del encuentro?

Para finalizar la sesión, cada subgrupo deberá presentar al otro su relato evangélico, comentando sus conclusiones, con especial atención a la mirada que Jesús manifiesta con Zaqueo y con el joven rico.



Celebrar la Palabra (celebración y compromiso)

SEGUNDA SESIÓN

En esta sesión queremos hablar del rostro de Dios. Para pensar cómo es Dios no necesitamos buscar complicados retratos de Dios fruto de la imaginación o de la creatividad. Algunos lo han visto como un abuelo con barba, otros lo han representado con un triángulo misterioso. Pero, el mejor retrato de Dios nos lo da Jesús. Él mismo dice: «El que me ha visto a mí ha visto al Padre» (Jn 14, 9). Por eso, en esta sesión vamos a mirar a Jesús. Las sesiones últimas ya hemos hablado de todo ello cuando nos hemos fijado en la mirada de Jesús. ¿recordáis que hemos dicho de su mirada?

Hoy lo vamos a hacer de otra manera. Vamos a fijarnos en lo que Jesús dice de sí mismo. En muchas ocasiones Él dice que es un pastor bueno. Vamos a repartir una parábola que encontramos en el evangelio de San Lucas. Los discípulos de Jesús reconocían que Dios es el pastor de su pueblo y que nosotros lo hemos visto en Jesús. Te pedimos que describas los rasgos de Jesús que trae este texto:

“Solían acercarse a Jesús todos los publicanos y los pecadores a escucharle. Y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: Ese acoge a los pecadores y come con ellos Jesús les dijo esta parábola: ¿Quién de vosotros que tiene cien ovejas y pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto, y va tras la descarriada, hasta que la encuentra? Y, cuando la encuentra, se la carga sobre los hombros, muy contento, y, al llegar a casa, reúne a los amigos y a sus vecinos, y les dice: Alegraos conmigo, he encontrado la oveja que se me había perdido. Os digo que así también habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse” (Lucas 15, 1-6).

Después se comparten estos rasgos. Terminamos rezando juntos una oración. Ofrecemos estas posibilidades.

Pedimos, Jesús, tu mirada

Para quedar perdonados.

Tu mirada es compasiva y purificadora.

Penetra hasta dentro, sanándolo todo con la medicina de tu amor.

¡Qué bien nos conoces y nos comprendes!

Tu mirada se posa misericordiosamente sobre nosotros

y los pecados ya ni se recuerdan, o se recuerdan para confesar tu nombre.

Es una mirada que nos dice: Yo te amo, a pesar de todo, yo te amo.

Es una mirada que lo viste todo de ternura.

Para quedar rehabilitados. Porque el amor nos hace hombres nuevos.

Cuando uno se siente amado, ya se ve como persona, y su vida se ilumina.

¿Quién sea objeto del amor de Dios, no se sentirá valioso e importante?

Ya se puede tener confianza en sí mismo y en todo.

Tu mirada tiene una capacidad creadora y despierta en nosotros los mejores estímulos.
Con tu mirada sentimos deseos de ser limpios, de seguirte, de abrimos a los demás.
Tu mirada enciende y trasciende nuestra vida.
Para que nuestros ojos se parezcan a los tuyos.

Cuando tú nos miras, pones en nosotros ojos nuevos, ojos que empiezan a parecerse a los tuyos. «Te pareces a mí, porque yo te miro. Te pareces a mí, porque yo te amo».

¿Sabéis por qué los ojos de María son misericordiosos? Porque se fueron así transformando de tanto mirar y de tanto ser mirada por Jesús.

Todo el que es amado, contagia amor. Todo el que es mirado con misericordia, mirará con misericordia. Somos en gran parte lo que recibimos. Por eso pedimos, Jesús, tu mirada, para parecernos a ti.

Salmo 23

El Señor es mi pastor, nada me falta.
En verdes pastos me hace descansar,
junto a aguas tranquilas aguas me conduce.
Me infunde nuevas fuerzas,
me guía por sendas de justicia
por Amor a nombre.

Aunque vaya por valles tenebrosos,
no temo ningún peligro,
porque tú estás un mi lado;
tu vara y tu cayado me dan tranquilidad.
Dispones ante mí un banquete,
en presencia de mis enemigos.
Unges con perfume mi cabeza,
rebasas mi copa.

Tu bondad y tu misericordia me sostienen
todos los días de mi vida.
Y habitaré en la casa del Señor por siempre.

D Cosechar la Palabra (síntesis, evaluación y revisión)

6 Aspectos a tener en cuenta

7 Formación para el animador